

PERIODISTAS VASCOS

Aureliano López Becerra y Juan de la Cruz.

EL IDEALISMO EN LA PRENSA

COMO todos los hombres de convicciones, como los grandes periodistas que en la punta de sus plumas han puesto siempre el sentimiento de su ideal, López Becerra puso en la suya el de la verdad católica, con motivo de sucesos que pasaron en este país bajo el mando del gobierno del Sr. Canalejas. Sin duda, para este gobernante, López Becerra se excedió en el cumplimiento de su misión, y aprisionado entre las mallas de la Ley, ha sido condenado. La prensa, en general, se ha ocupado del fallo de los Tribunales de Justicia y dedicado al periodista notable elogios tan merecidos y con tal número de adhesiones, que bien puede vanagloriarse el Director de la *Gaceta del Norte* del triunfo alcanzado en los anales de la historia del periodismo.

Es muy joven Becerra, muy joven entró también (casi un chico) como redactor en el importante periódico bilbaíno citado, y hoy, rodeado de prestigios, está al frente de *La Gaceta del Norte*, a la que imprimió una orientación que ha sido como el fundamento de todo su actual esplendor y circulación. Precisamente se hizo cargo López Becerra de *La Gaceta del Norte*, en momentos de desfallecimiento en la prensa bilbaína. Habíanse derramado caudales de importancia a manos llenas; creáronse periódicos, cuyos fundadores auguraban, desde sus principios, largos años de vigorosa existencia. Pero murieron todos. La misma *Gaceta del Norte* sostuvo durante sus primeros años una lucha titánica, capaz de acabar con la empresa más poderosa, hasta que

llegó el hombre necesario, el periodista que había de ser como la encarnación de una inteligencia y una voluntad firmes. Este hombre fué Aureliano López Becerra, a quien la *Gaceta* debe totalmente toda su pujanza actual.

Hay en la actualidad dos guipuzcoanos en la prensa bilbaína, que con orgullo puede enaltecerlos la mentalidad y el periodismo regional. Estos periodistas son López Becerra y Juan de la Cruz. Desde campos distintos, aunque fundamentalmente el mismo, han trabajado colocando a sus respectivos periódicos en la torre más alta de las avanzadas del periodismo moderno. Juan de la Cruz, con esa sobriedad que caracteriza el temperamento de nuestra raza, con esa discreción y ductilidad que envuelve a su vez una firmeza en el carácter, difícil de poseerlo y más difícil aún de mantenerlo en el cumplimiento del deber periodístico, ha llevado a cabo, con una prosa de austera serenidad, campañas precursoras de otros tantos triunfos para el periodista y para el escritor. Enumerarlas desde que las inició en *El Pueblo Vasco*, de San Sebastián, hasta que con su esfuerzo personal colocó a aquel importante periódico ante la consagración definitiva del público guipuzcoano, sería tarea larga de referir, con toda su corte de disgustos, cuestiones personales y luchas continuas desencadenadas con fiera tempestuosa vendaval por parte de elementos contrarios a la nueva era que consigo trajo la publicación donostiarra.

López Becerra, además de un notabilísimo periodista, es escritor de temperamento sagaz, de una estupenda ironía. Su prosa, a la vez que concisa y clara, tiene la fuerza que le imprime la pasión de su convencimiento. No de la pasión que se interpone entre el acto y la verdad, sino la que purifica y mantiene vivo el ideal; la pasión que debe seguir a la nobleza del convencimiento. Pero donde López Becerra no tiene rival, es en la ironía de su pensamiento y de su pluma. Cuando quiere herir, cuando se mete con alguien (como vulgarmente se dice en el lenguaje periodístico), es sencillamente temible. La misma espontaneidad de su pluma llega con tal ímpetu al ánimo del contrincante, que la réplica, por grande que sea la violencia en que vaya envuelta, pocas veces ha conseguido interesar al público. La ironía de Becerra queda siempre flotando sobre las aguas. No confunde solamente, sino que enrojece, con manchas que brotan siempre de la misma sangre de su adversario. Y, por reunirlo todo, además de periodista, de escritor, de literato, es un maravilloso crítico de toros. Su

vis torera constituye las delicias de millares de lectores de *La Gaceta del Norte*. Leer sus crónicas taurinas, es regocijarse y pasar excelentes ratos de buen humor ante la lectura de su numen festivo. Creo que no exagero al afirmar que el 25 por 100 de los lectores de *La Gaceta del Norte* lo constituyen personalísimos de «Desperdicios», pseudónimo popular que hoy goza de increíble número de admiradores.

Con todas estas condiciones, con su actividad bien claramente probada en la marcha de *La Gaceta* que bajo su dirección se publica, con ese concepto tan exacto y tan elevado que él tiene del periódico moderno, nada es de extrañar que lo haya colocado en el puesto de honor de la prensa del Norte y Noroeste de España. Siguiendo el camino trazado por los grandes maestros del periodismo, como Brunetière, Casagnac, Luis Veuillot y otros, mira para la colaboración de su diario a las plumas que dicen cosas en sus artículos, a las realmente meritorias, a las que difunden ideas formadoras de inteligencias, sin fijarse mucho en que aquéllas vayan envueltas en una prosa más o menos desenvuelta. Porque Becerra, como periodista convencido, no ha mirado jamás a la retórica ni a la forma literaria, encubridora las más de las veces, o de la pobreza de ideas, o de importados idealismos; prefiriendo siempre constituir su gran tribuna en difusoria de doctrinas, pensamientos e ideales, mediante plumas curadas de paganismos decadentes. Y en esto estriba, precisamente, su gran triunfo. Ningún hogar puede quedar emponzoñado, por onerosa propagación doctrinal de sus plumas. No es la incertidumbre ni la ironía escéptica, ni el desaliento ultraterreno, el que se propaga en los artículos de los colaboradores, que en glorioso plantel pudo formar Becerra, sino el ideal definido en la fe religiosa marcada indefectiblemente en todos los órdenes del pensamiento. Y en la prensa moderna, esta visualidad periodística es de importancia extraordinaria.

Uno de los factores que más han intervenido en la formación intelectual del pueblo francés, ha sido la prensa. Mirad a Francia. Escuchad el grito de alarma que hoy arranca unánime de todo corazón noble del pueblo francés. Francia se acaba, se despuebla, se aniquila. Leroy-Beaulieu va a la cabeza de la gran cruzada que comenzó hace ya muchos años, y en estos momentos se agita agudamente en rededor de la salvación del hijo de madre francesa. ¿Quién ha contribuido en gran parte a este estado de muerte y desolación del pueblo francés? La prensa, sus escritores, sus publicistas. Ellos han difundido el pensamiento

que forma en la actualidad el nervio de la vida francesa y ellos recogen ahora sus frutos. No queremos decir con esto que solamente la prensa ha fundamentado la desolación inherente a la actual nacionalización francesa, sino que siendo factor importante, ejerció de vehículo transformador y agitador a su vez. Dentro de la prensa la colaboración, las plumas que en ella entregan sus ideas para que la difusión forme inteligencias y corazones, complementan la espiritualidad periodística. No es solamente la información lo que supone responsabilidad inalienable para el propietario o director del periódico, es el artículo que en él se publica, es la crónica diaria con todo su bagaje de ideas, doctrinas, teorías, creencias o no creencias, juicios, negaciones y afirmaciones, tendencia espiritual y sustantiva, en una palabra. ¿De qué le hubiese valido a López Becerra ostentar su honroso título de Director de un periódico del carácter de *La Gaceta del Norte*, si las plumas que bajo su dirección colaboraban, rendidas a un paganismo literario, trocaran el saneamiento espiritual por el hilo conductor, envilecedor de conciencias? ¿Hasta dónde hubiese llegado entonces el escarnio y la mentira, dispuestas, como en la mayor parte de las veces ocurre, al abatimiento de la misma libertad humana y de la más alta dignidad moral? Que no exagere la importancia de la tendencia de una publicidad por ínfima que suponga su circulación, se ve bien claro en la actual evolución de las ideas.

Precisamente se festeja estos días a aquel inmenso cuanto desgraciado artista que se llamó Rousseau. Inútil y hasta ridículo sería negar la intensa difusión que ha adquirido su obra en estos doscientos años. Pues bien; nadie, ningún factor como la prensa francesa, ha difundido con más tenacidad sus locas teorías y sus estupendas aberraciones, de un utopismo esencial. ¿Resultados? Ahí lo tenéis. Lo acabamos de citar en anteriores líneas al hablar de la situación del pueblo francés. Las lágrimas y la bilis de Rousseau; sus tendencias revolucionarias y anárquicas, cristalizadas a través del tamiz de un altruismo exasperado, sin detenerse en su obra puramente artística; toda aquella enorme personalidad intelectual está encarnada en modelo viviente de la sociedad de la Francia actual. La mentalidad española, en gran parte, es reflejo de la francesa, por lo menos en sus ideas. Esa mentalidad, precisamente es la que se dedica a escribir en la prensa. Aun la puramente literaria acusa bien enérgicamente esa misantropía y ese sentimentalismo que constituyó presa en el temperamento del llamado filósofo

de Ginebra. Lemaitre y Faguet lo han analizado en la alquitara de sus grandes talentos.

¿Será conservador, será tradicional, se inspirará en la fe de sus mayores, quien tolere en la prensa la admisión de plumas cuyas tendencias corrosivas sean peligro constante a la virtualidad del ideal ultraterreno? ¿Y no será, en cambio, insigne periodista y certero director de un periódico, quien, amparando en sus columnas a los defensores del ideal que tranquiliza las almas y suaviza cual bálsamo eficaz las asperezas y liviandades de nuestra vida, aisla en absoluto a los perturbadores literarios de ese mismo ideal? La claudicación de López Becerra al encargarse de la dirección de *La Gaceta del Norte*, hubiese sido manifiesta si la separación obligada a todo periodista conservador (en el sentido social de la palabra) no la hubiese llevado a cabo con las plumas por él secesionadas. Mal puede hacerse cristianismo con plumas paganas. Sin embargo, se cree muchas veces que no daña los espíritus, no corroe las conciencias colectivas, la deserción en la literatura del idealismo integral; siendo así que colaboran a la putrefacción doctrinal, desde el mismo instante en que, convirtiendo la prensa en manantial de indiferencia, invaden heredades vírgenes y cultivos no pocas veces en embrión. Un director de periódico puede muy bien, sin darse cuenta, malograr la propagación de los principios más fundamentales. La exención no tan sólo supone invasión libérrima de plumas paganas, disolventes y hasta anárquicas, sino alejamiento de las pulcras y mantenedoras de doctrinarismo sano. Una poesía, que a primera vista parece inofensiva, un artículo, cuya literatura se cree admirable, ocasiona las más de las veces decrepitudes, contagios y achaques, que acaban acaso para siempre con la inteligencia virgen o en constitución de poderío intelectual. Ahora bien, ¿quién claudica? ¿quién desampara la defensa? ¿Los que allanan el camino a plumas contagiosas de tendencioso paganismo, en publicaciones defensoras de creencias ultraterrenas? ¿Los que no estiman en lo justo y en lo legítimo la preferencia que siempre debe existir para los escritores conservadores? ¿Los que conducen a sus lectores a un estado de indiferencia doctrinal? ¿O los que prescindiendo de todo, desde la amistad hasta la misma forma literaria, refuerzan la defensa del periodismo contemporáneo con plumas convencidas, cordialmente idealistas y sanamente doctrinales? Creemos que los primeros, aunque quieran encubrir con la forma de sus producciones una indiferencia malsana, que es lo que por regla

general campea en gran parte de la prensa contemporánea. En el siglo XVIII Voltaire escribía al Rey de Dinamarca sobre las causas de la irreligión y de la corrupción de la época. Decía «los libros lo han hecho todo». Es decir, que el libro hizo la costumbre, el hábito, la idiosincrasia de aquella sociedad, cuando realmente debía haber ocurrido lo contrario. El libro obedeciendo a las costumbres, del mismo modo que la sed obedece a la fiebre. Fijémonos unos momentos en estas líneas y veamos desde luego la influencia que el libro ejerció en la sociedad del siglo XVIII, según Voltaire, y claro está, según los hechos que más tarde dieron lugar a la Revolución francesa. Pues si el libro con reducirse a un núcleo de estudiosos, aficionados o indiferentes, llegó a realizar aquella estupenda revolución en las costumbres de los pueblos, ¿qué se puede calcular como importancia en cuanto a la influencia enorme de la prensa moderna, del periódico, de la hoja que por cinco céntimos lleva el pensamiento a las más apartadas regiones?

Si meditamos ligeramente sobre este punto, comprenderemos que la mayoría de las veces el pensamiento del pueblo no le pertenece, no lo desarrolla con la libertad debida a sus mismos sentimientos. Piensa en una forma. Pero lee un periódico, se empapa de su razonamiento, de su teoría, y ya aquel hombre es otro. No discurre como él discurría antes de leer el periódico, sino que lo hace como el periódico mismo. Es decir, le ha robado su libertad. Lo que ocurre con el individuo, pasa más tarde a la colectividad. Ved la importancia del pensamiento que por la prensa se difunde. Anula el pensamiento personal y lo hace depender del que por la prensa se infiltra. ¿Se puede evitar esto? No; es casi imposible. Porque la difusión es inherente al pensamiento mismo exteriorizado. Luego su importancia crece cuanto más ahondemos en los términos del razonamiento.

Lassalle, el socialista, decía: «El pensamiento nacional está fabricado por las gacetas (periódicos). Quien lee en la actualidad un periódico, no tiene necesidad de pensar, de aprender, ni de estudiar. Está preparado para la discusión de todos los asuntos, y habla como si todos los dominara. Apenas lee libros y sabe de ellos lo que únicamente dicen los periódicos, y esta lectura narcótica concluye por hacerle perder toda voluntad, toda inteligencia, todo pensamiento y hasta la misma facultad de comprender..... Pero a pesar de lo que pierden con estas lecturas, se encuentran satisfechos de sí mismos y de su saber, y hablan con extrema seguridad de sus opiniones». Consecuentemente,

el director de un periódico que quiere hacer de su público un público frívolo, banal, indiferente, infiltrará en la inteligencia, de sus lectores sentencias y doctrinas de escritores y de plumas frívolas, banales. Crónicas insustanciales envueltas en teorías de corte pagano; apología de libros de escritores tendenciosos, aventuras de típles, bailarinas y mujeres del «gran mundo», literatura, en una palabra, importada de las últimas modalidades enfermizas de autores extranjeros. Y todo ello adornado con un frenesí de información, mucha información, aunque para ello tengan que sacrificar bien a menudo la sencillez lapidaria de la verdad.

¡Hablamos de opinión, de esa opinión pública de la que tanto alardean determinados elementos periodísticos! ¿Quién lo hace? Dos factores principalísimos: el factor dinero y el factor prensa. El idealismo de la opinión actual, no es ni más ni menos que una consecuencia casi directa del poder económico y del poder espiritual de la prensa. Las más importantes batallas se riñen en las sociedades actuales, acaso por el artículo periodístico, incubado en el consejo de redacción de la empresa, inspirado después al director, ordenado escribir al jefe de redacción y habiendo sido la causa única de este artículo una humillación frente a otra vanidad; o las dos cosas a un tiempo; o tan solamente una de ellas; o acaso hasta una miserable venganza personal. Ved la prensa y decidme si es de importancia social extraordinaria el idealismo, las teorías y las doctrinas que ella refleja en la pública opinión.

Al llegar ya al final de este artículo, recordamos de nuevo la integridad espiritual, las convicciones y el idealismo noble y generoso de López Becerra, ante cuyo altar derramó a manos llenas el oloroso incienso de su fe encendida. Y cuando al pisar los umbrales de la cárcel, adonde le lleva el fallo de la Justicia, entrevea por los ventanales de la celda la pureza y diafanidad del color azulado del cielo; cuando medite en la austera soledad del encierro, que ni los grilletes, ni los candados, ni las rejas, ni las ganzúas, por fuerte que sea el hierro puesto en ellas, pueden aprisionar el vuelo de su pensamiento y la energía de la voluntad, podrá decir: Tan puro como el azul de ese cielo fué la intención de mis actos, tan diáfana la sinceridad de mis convicciones. Puse la pluma al servicio de la causa de Dios y jamás turbé la tranquilidad de las conciencias de mis lectores. Si por esto me aprisionaron, si por esto me condenaron a sufrir la ausencia de los míos, sea eterna mi prisión, porque eterna será también la protesta de mi fe, que jamás quedará nublada en mis más ignaros actos.

ADRIÁN DE LOYARTE